

Lilli Thal

El inspector Pildorín



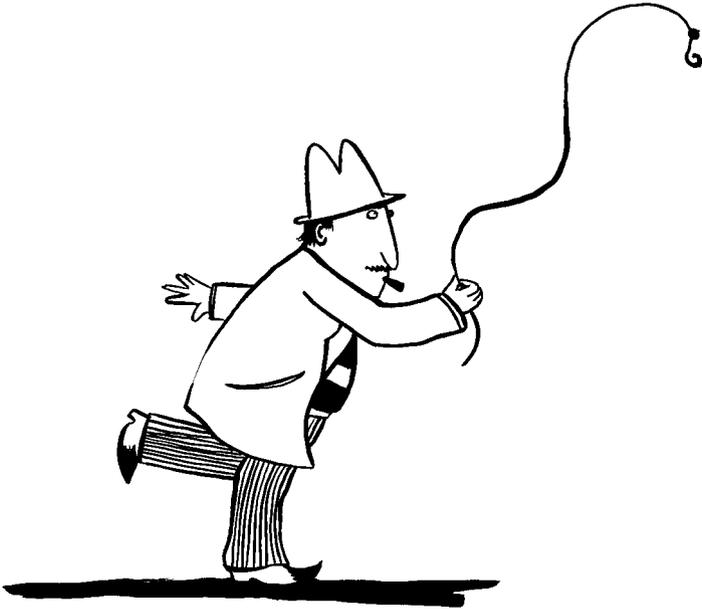
ANAYA

Ilustraciones de
Franziska Biermann

Lilli Thal

El inspector Pildorín

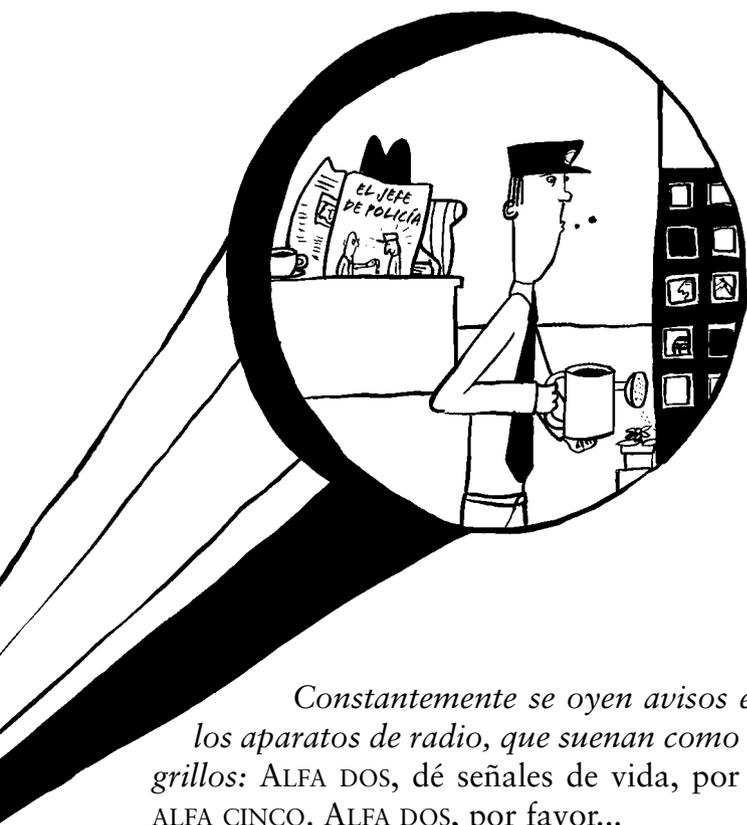
Ilustraciones de
Franziska Biermann



ANAYA

Una gran ciudad es un hormiguero de cemento y asfalto muy peligroso. En la city, la policía nunca da abasto. Por eso no es de extrañar que en los diecisiete pisos del enorme rascacielos de la Jefatura Superior de Policía reine el caos las veinticuatro horas del día. Parece una gigantesca colmena con tanto movimiento: pasos apresurados recorren los pasillos, las puertas se abren de golpe y se cierran de un portazo, murmullo de voces, los teléfonos no dejan de sonar, su ring-ring es tan estridente que perfora los oídos, el tecleo constante de las máquinas de escribir... Los agentes de policía salen corriendo para llegar cuanto antes al lugar del crimen, y vuelven todavía más deprisa para escribir el informe y archivar los expedientes.

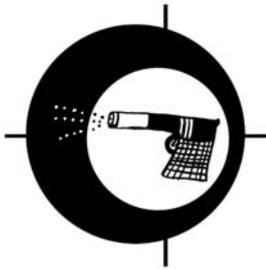




Constantemente se oyen avisos en clave por los aparatos de radio, que suenan como chirridos de grillos: ALFA DOS, dé señales de vida, por favor. Aquí ALFA CINCO. ALFA DOS, por favor...

Es como si el aire vibrara de tanto ajetreo constante. Está por todas partes, me refiero al ajetreo, tanto en los laboratorios, que se encuentran abajo del todo, en el sótano, como arriba, en el piso diecisiete, donde están los despachos de los jefes.

¡Alto! No tan deprisa: hay una puerta que el ajetreo no consigue atravesar ni aunque se agarre a ella con manos y dientes y la sacuda con insistencia. Es una puerta marrón normal y corriente del noveno piso. Por esa puerta se accede a una isla de tranquilidad, a un oasis de paz, se accede al despacho del inspector Pildorín.



En el despacho del comisario general

—Rodolfo, ¿todavía no está el té? —con un gruñido de satisfacción, el inspector Pildorín puso los pies encima del escritorio y cogió la revista *El jefe de policía*—. Son las nueve en punto, ya va siendo hora de tomar una buena taza de té.

—¡Enseguida, jefe! —contestó su asistente Rodolfo Valentín Pásmez haciendo equilibrios con una bandeja en la que traía dos tazas de té y un plato lleno de galletas de chocolate—. Prepárese, señor inspector, presiento que el té de hoy va a ser una delicia —anunció lleno de orgullo—. Una mezcla especial de té de frutas de bosque y agujas de pino silvestre. Creo que lo voy a llamar «Bosque de verano».

La gran pasión de Rodolfo era mezclar té.

El inspector Pildorín dio un pequeño sorbo con mucha delicadeza.

—No está nada mal —dijo con admiración, y Rodolfo sonrió radiante.

Durante el siguiente cuarto de hora, no se oyó nada más que a los dos policías sorbiendo su té con mucha delicadeza y, de vez en cuando, el ruido de una hoja al pasar. El inspector Pildorín estaba cotilleando en la revista *El jefe de policía*, y su asistente Rodolfo Valentín

Pásmez, en el manual de los asistentes de policía. Justo en ese momento, estaba leyendo su capítulo preferido, «Cría y cuidados del perro policía», cuando su jefe levantó la cabeza bruscamente.

—¿Qué ha sido eso?

—¿Qué ha sido qué, señor inspector? —preguntó Rodolfo con cara de no haber roto un plato en su vida.

—Un ruido extraño. —El inspector Pildorín estaba concentradísimo tratando de escuchar—. ¡Escuche! Otra vez. Pero, ¿no lo oye?

—Creo que se equivoca, señor inspector —dijo el asistente Pásmez—, yo no oigo absolutamente nada

Pero la atenta mirada del inspector enseguida captó el respingo que dio su asistente y la cara de culpabilidad que puso.

—Rodolfo, ¿qué ha...?

—¡Croac, croac, croac! —empezó a sonar, muy fuerte, dentro de uno de los armarios en donde guardaban los expedientes.

—¡Rodolfo, abra inmediatamente ese armario! —ordenó el inspector Pildorín—. ¿Qué es lo que ha escondido esta vez? ¿Un sapo?

—Pero, señor inspector —dijo Rodolfo escandalizado mientras abría la puerta del armario—, nunca en la vida se me ocurriría esconder un sapo en el despacho. Como mucho, muchísimo, una ranita insignificante y diminuta.

De puntillas, alcanzó un frasco de cristal que estaba en la estantería superior.

—¡Se llama Ofelia! —exclamó sujetando el frasco delante de las narices del inspector Pildorín.

—¡Croac, croac, croac! —cantaba la minúscula ranita verde subida a una escalera dentro del frasco.

—Es una ranita de San Antonio con mucho talento, ¡tiene un arte para predecir el tiempo...! —explicó el asistente entusiasmado—. ¡Ofelia nos será muy útil en las misiones al aire libre!

Pero el inspector era incapaz de apreciar un talento semejante:

—La última vez —dijo contrariado—, fue un pez dorado metido en una pecera que se suponía que me iba a ayudar a encontrar la paz interior, y la antepenúltima, un canguro para que tuviera una bolsa en la que guardar mi paraguas.

Con un movimiento brusco, cogió una carpeta grande y forrada en piel que había encima de la mesa y se la puso a su asistente delante de las narices.

—Rodolfo, ¡dígame que es esto!

—El reglamento, señor inspector —dijo Rodolfo Valentín Pásmez obedientemente.

—¿Qué dice el artículo 12, párrafo 162-3?

El asistente Pásmez no tuvo que pensárselo dos veces.

—Está estrictamente prohibido albergar cualquier tipo de animal en la comisaría, excepto los perros policía que estén de servicio —recitó de carrerilla como una metralleta—. Pero, jefe —añadió con reproche—, ¡si usted tampoco me deja tener un perro!

—Eso es algo que ya hemos discutido hasta la saciedad —contestó el inspector en un tono de voz que desaconsejaba cualquier tipo de réplica—. Nosotros somos criminalistas, no educadores de perros. ¡Y ahora, des-

hágase de ese bicho repugnante inmediatamente! —exclamó volviendo a concentrarse en su revista.

—A sus órdenes, señor inspector —dijo a regañadientes Rodolfo Valentín Pásmez cogiendo el frasco de cristal y abandonando el despacho.

Apenas se había cerrado la puerta, cuando un fuerte chasquido retumbó en la habitación. Del susto, el inspector Pildorín volcó su taza de té, y el «Bosque de verano» de Rodolfo inundó un artículo muy interesante que estaba leyendo: «¿Es usted un trepa o un pelota? El paracaídas del policía, un objeto indispensable».

—¡Caca de vaca! —bramó el inspector—. ¡Justo en el vale para conseguir un paracaídas de prueba gratis!

Cuando estaba escurriendo la revista *El jefe de policía* encima del lavabo se volvió a oír un chasquido. Era el altavoz.

—¡Atención! ¡Atención! ¡AVISO! —dijo una voz estridente y metálica—. Adjunto Pildorín, adjunto Pásmez, el comisario general les espera en su despacho. Repito: Pildorín y Pásmez, muevan el trasero y vayan a ver al comisario general.

El comunicado concluyó con un pitido penetrante y agudo.

El inspector Pildorín dejó la revista empapada encima del escritorio de Rodolfo con un suspiro.

—¿Y ahora qué tripa se le habrá roto a ese gruñón? —murmuró mientras se ponía la chaqueta del uniforme—. Nunca tengo tiempo de informarme de los últimos adelantos científicos, ¡así es imposible estar a la moda!

Despotricando en voz baja consigo mismo, abrió la puerta y estuvo a punto de tropezar y caer encima de

Rodolfo Valentín Pásmez, que estaba agachado en el suelo recogiendo unos trozos de cristal.

—¡Rodolfo!, ¿se puede saber qué es lo que está haciendo? —preguntó el inspector disgustado.

—Me he asustado con el comunicado y se me ha caído el frasco de las manos —respondió el asistente casi sin voz—. ¿Qué hago ahora con Ofelia?

—¡Croac, croac! —cantaba la rana en la palma de su mano.

—¡Por mí como si se la mete en el bolsillo del pantalón! —replicó el inspector Pildorín con impaciencia—. Pero dese prisa: sabe perfectamente que al comisario general no se le puede hacer esperar.

—Espero que no le falte el aire —dijo preocupado el asistente Pásmez, mientras luchaba con las patas de Ofelia, que se negaba a meterse en su bolsillo.

—¿Qué querrá el viejo Gruño Constantín de nosotros? —barruntaba el inspector mientras se cerraban las puertas del ascensor silenciosamente y empezaban a subir—. Rodolfo, ¿alguna idea?

—Pues no sé, a lo mejor tiene que ver con nuestro último caso —respondió el asistente intentando meter con la mano un poco de aire fresco en el bolsillo del pantalón.

—¡Claro! —exclamó el inspector Pildorín—. Casi se me había olvidado, ¡todavía no nos han felicitado oficialmente!

Se había puesto de tan buen humor que salió del ascensor de un brinco.

—Quién sabe, a lo mejor incluso consigo un ascenso —empezó a especular—, un triunfo tan apabullante no se celebra todos los días.

En el piso diecisiete, sus pies se hundieron en una moqueta muy suave y tupida. Los letreros que colgaban al lado de las puertas que quedaban a su derecha y a su izquierda relucían de lo pulidos que estaban. En el más grande y reluciente de todos ponía, en letras gruesas y doradas, JEFATURA SUPERIOR DE POLICÍA. COMISARIO GENERAL GRUÑO CONSTANTÍN.

—Oigamos primero cómo están los ánimos ahí dentro —dijo el inspector Pildorín acercando la oreja a la puerta. Pero justo en ese momento, la puerta se abrió



de golpe, el inspector perdió el equilibrio y se vio arrojado al interior de la habitación, aterrizando con su oreja encima de la inmensa barriga del comisario general.

Como un rayo, se puso otra vez de pie.

—¿Nos había llamado, señor comisario general? ¿En qué podemos servirle?

El comisario general Gruño Constantín señaló dos sillas de madera muy pequeñas sin decir una palabra. Los dos policías se sentaron, y el comisario general se colocó detrás de su escritorio. Su enorme figura se alzaba ante ellos como si fuera una torre altísima con un par de ojos, porque les lanzaba unas miradas asesinas que daban miedo. Les miró durante un buen rato sin decir absolutamente nada. Hasta que el inspector Pildorín estalló de impaciencia:

—Pero señor comisario general, ¡déjese de tanto misterio! No hace falta que se haga el interesante, ¡ya sabemos la sorpresa que nos tiene preparada!

—¿De verdad? ¿Ya lo saben? —Su voz sonaba demasiado dulzona, algo estaba tramando.

—Bueno —dijo el inspector, radiante—, creo que tenemos razones suficientes para sentirnos orgullosos de nuestra trayectoria como criminalistas. Con todo el respeto y la modestia del mundo, naturalmente... —En este punto, tosió un par de veces, como para restar importancia al asunto—. Seguro que cuento con su reconocimiento y, quizá, con una minúscula recompensa, o incluso un pequeñísimo ascenso...

—¿Ah, sí? ¿Mi reconocimiento? ¿Un ascenso? —dijo el comisario general todavía en ese tono de voz excesivamente dulce, que no le pegaba ni con cola.

—Por supuesto, señor comisario general —el inspector Pildorín asentía lleno de orgullo—. Tanto yo como mi asistente —dijo dando unas palmaditas a Rodolfo en la espalda— hemos prestado un servicio ejemplar.

—¿Un servicio ejemplar? —repitió el comisario general, con una voz todavía más dulzona si cabe. El inspector empezaba a inquietarse por momentos.

—Tampoco hace falta que nos ascienda —dijo Rodolfo generosamente—, también nos contentamos con las esposas de honor de oro macizo.

El asistente Pásmez llevaba tiempo soñando con una de esas esposas, que algunos compañeros de trabajo ya lucían en la chaqueta del uniforme.

—No tan deprisa, señores míos. No sean tan impacientes —el comisario general Gruño Constantín se dejó caer pesadamente en su silla giratoria.

—Hablemos primero de su último caso. ¿Es posible que a lo largo de su misión haya surgido algún que otro pequeño incidente?

El inspector Pildorín se quedó pensativo.

—A no ser que mi asistente se haya equivocado al guardar el expediente, o que a mí se me haya olvidado poner alguna coma en el informe... no creo, señor comisario general, pero si no es así, le pido mis más sinceras disculpas por ese insignificante desliz.

El comisario general empezó a menear muy sutilmente la cabeza.

—No me refiero ni a expedientes ni a comas —dijo con suavidad—. Me refiero al hecho de que hace tres días saltó por los aires la fábrica de queso emmental, y

según tengo entendido, ustedes son los responsables, ¿es cierto?

—No.

El que había hablado era el inspector Pildorín.

—Sí.

Ese era el asistente Pásmez.

—Podemos explicarlo —dijeron los dos al mismo tiempo.

—Me muero de ganas de oírlo. —Los ojos del comisario general parecían los de una boa enorme que se quiere tragar a dos conejos de un solo bocado.

—Como usted quiera—dijo el inspector Pildorín—. Lo que pasó fue lo siguiente: en la fábrica de queso emmental trabajaba un tal Hugo Planchaduros como maestro quesero. Pero resulta que era una tapadera, porque en realidad se dedicaba a falsificar dinero.

—¿Y? —gruñó amenazadoramente Gruño Constantín.

—¡Si hubiera visto el escondrijo que encontramos detrás de unos quesos enormes, que naturalmente eran de emmental! ¡Era ideal!

Habían pasado ya varios días desde lo ocurrido, pero el inspector Pildorín se entusiasmaba tanto al recordar el éxito de la operación, que era como si volviera a estar allí...

El inspector Pildorín y su asistente Rodolfo Valentín Pásmez llevaban más de dos horas escondidos detrás de unos quesos enormes.

—Señor inspector —susurró Rodolfo casi sin voz. El pobre estaba verde del asco que le daba el queso—. ¿Todavía cree que Planchaduros va a venir?

Al contrario que su asistente, el inspector Pildorín adoraba el queso, y se lo estaba pasando de miedo, cortando pequeños trocitos de esos enormes quesos con su navaja de policía.

—Garantizado —farfulló con la boca llena—, al fin y al cabo trabaja aquí como maestro quesero y tiene que pasearse regularmente para controlar la maduración de los quesos —terminó de decir, cortándose otro trocito de queso.

—Señor inspector —susurró Rodolfo angustiado—, creo que voy a vomitar.

Pero si así esperaba conseguir algo de su superior, estaba muy equivocado.

—Compórtese, Rodolfo —gruñó el inspector—, que estamos de servicio. Unos criminalistas como nosotros, siempre tienen que tener todo bajo control, ¡y el estómago también!

—A sus órdenes, jefe —contestó Rodolfo con un hilo de voz.

Siguieron esperando. El silencio era tan denso que únicamente se veía interrumpido de vez en cuando por los esporádicos chasquidos que hacía el inspector con la lengua mientras seguía y seguía comiendo queso.

Rodolfo Valentín Pásmez notaba cómo brotaban gotas de sudor en su frente. ¿Por qué ese falsificador tenía

que ser precisamente maestro quesero? Podría haber trabajado en una fábrica de bombones, por ejemplo, y así, en vez de estar escondidos detrás de ese queso apestoso, podrían estar sentados detrás de una enorme montaña de bombones envueltos en papeles de colores.

—¡Agáchese, Rodolfo! —susurró el inspector Pildorín de repente—. Creo que oigo pasos.

Y efectivamente, un hombre con un delantal de plástico blanco se acercó a una caldera enorme que borboteaba alegremente, llena de queso fundido. Cogió un poco de la olorosa pasta con un cucharón y lo examinó.

—¡Planchaduros, ya lo tenemos! —murmuró el inspector entre dientes. Rodolfo asintió con fiereza.

El hombre se inclinó y empezó a girar los mandos de control de la caldera.

—¡Rodolfo, ahora o nunca! —susurró el inspector Pildorín excitado—. Tenemos que actuar con rapidez —dijo sacándose del bolsillo de los pantalones un sobre e intentando abrirlo con manos temblorosas por la emoción—. He conseguido la última novedad que ha salido al mercado para la erradicación del crimen organizado —murmuró lleno de orgullo—: «Polvos soporíferos», elaborados por el famoso químico de la policía el doctor Duermevela. Una pizca de esto —todavía seguía luchando por abrir el sobre—, deja k.o. a cualquier criminal. Regalaban un sobre de muestra en la revista El jefe de policía.

Por fin había conseguido abrirlo. Volvió a meter la mano en el bolsillo y sacó una pajita.

—¡Rodolfo! —ordenó—, ahora, con ayuda de esta pajita, soplará una buena dosis de polvos soporíferos a Planchaduros.



—¿Yo, señor inspector? —surró Rodolfo Pásmez estupefacto—. Pero, pero si yo no tengo ni idea de cómo funcionan esos polv...

Más no llegó a decir, porque el inspector le había metido sin más la pajita en la boca.

—Inspire con cuidado —dijo el inspector—. Es muy importante que no trague nada, porque este polvo provoca retorcijones de barriga durante varios días.

La amenaza funcionó: Rodolfo inspiró por la pajita con sumo cuidado y consiguió que subiera una buena dosis de polvos.

—Y ahora, ¡sople! —ordenó el inspector, tapándose él mismo la nariz por si las moscas. Rodolfo Valentín Pásmez sopló con todas sus fuerzas hacia el desprevenido falsificador.

En un primer momento, el hombre siguió trajinando en la caldera como si nada, pero cuando ya el inspector suspiraba decepcionado, de repente, sin previo aviso, Planchaduros cayó redondo al suelo como un árbol recién cortado. El inspector y su asistente se disponían a salir pitando de su escondrijo de queso para abalanzarse sobre el criminal, cuando un siseo muy fuerte les dejó petrificados. Los dos policías creyeron estar soñando cuando vieron que la caldera subía por los aires delante de sus narices, siseando y gruñendo, y se quedaba suspendida en lo alto, como si fuera un globo de aire caliente. Eso solo duró un instante, porque enseguida la caldera explo-

tó en miles de pedazos con una sacudida atronadora, y la onda expansiva arrojó al inspector Pildorín y a su asistente Pásmez al suelo. Cuando, con mucho esfuerzo, consiguieron volver a ponerse en pie, el cielo azul se abrió sobre sus cabezas y tuvieron que entornar los ojos para protegerlos de la deslumbrante luz del sol. Había desaparecido la mitad de la fábrica de queso emmental: tanto el techo como las paredes, ¡e incluso los enormes quesos! Estaban rodeados por todas partes por unos pedazos de queso tan grandes como rocas: se sentían como si de repente se hubieran materializado en medio de un desierto blanco y oloroso. Todo estaba recubierto de queso fundido, y este empezaba a solidificarse como la lava después de la erupción de un volcán.

El inspector Pildorín miraba estupefacto el sobre con el pequeño resto de polvos soporíferos que todavía sujetaba en la mano.

—En la revista El jefe de policía no decían nada de esto —dijo—. Quizá exista cierta incompatibilidad entre los polvos y el queso fundido. ¡Escribiré una carta al «Rincón del lector» para quejarme! —Sacudiendo la cabeza, se volvió a meter el sobre con los polvos en el bolsillo del pantalón—. ¡Rodolfo! Vaya a ver qué ha pasado con Planchaduros. Yo no le veo...

—¡Aquí, jefe! ¡Aquí debajo! —gritó Rodolfo Pásmez mientras retiraba unos enormes pedruscos de queso.

—Pero, pero... ¿Qué... qué ha pasado? —preguntó una voz perpleja. Había un hombre de pie en la entrada, con la boca abierta y las facciones desencajadas: parecía un milagro que todavía pudiera haber algo de pie en medio de tanto escombros.

—¡Qué casualidad, señor Emmentaler! ¡Con usted quería yo hablar! —exclamó el inspector Pildorín como si tuviera mucha prisa—. Quería darle la buena noticia de que acabamos de capturar a un peligroso falsificador que se había infiltrado con fines hartamente alevosos en su fábrica...

Lleno de orgullo, señalaba a un Planchaduros recubierto con una gruesa costra de queso, al que Rodolfo incluso había conseguido esposar.

—Pero, pero... ¡Mi fábrica! —tartamudeó el señor Emmentaler sin comprender absolutamente nada—. ¿Dó... dónde está el techo? ¿Y... y el queso?

—Vamos, hombre, no se ponga así, que queso tiene de sobra —le calmó el inspector Pildorín, refiriéndose a los pedruscos de queso que les rodeaban por todas partes—. Si quiere, más tarde mi asistente le ayudará, con mucho gusto, a reunir todos los trozos —al pobre Rodolfo Valentín Pásmez le dio una arcada, que el inspector, con una mirada de desaprobación, ignoró por completo—. Y ahora, con su permiso —siguió diciendo en un tono de voz profesional—, el deber nos llama: no descansaremos hasta ver al criminal entre rejas, y cuanto antes, mejor.

Hizo a su asistente una señal con la mano y exclamó:

—¡Rodolfo, nos vamos! ¡Llevemos a ese maleante al trullo!

Y el dueño de la fábrica, mejor dicho, el ex-dueño de la fábrica, se quedó patidifuso, viendo cómo el inspector se dirigía con aires de importancia hacia lo poco que quedaba en pie de la puerta, seguido de su asistente, que mantenía a raya al tambaleante falsificador bajo el ineludible peso de la ley.